

TEXTOS

Juan Hidalgo: Peinándose estaba un olmo

Peinándose estaba un olmo
sus nuevas guedejas verdes,
y se las rizaba el aire
al espejo de una fuente.

Y viéndole alegre,
se iba cayendo de risa
una fuente de cristal
murmurando entre dientes.

Peinándose estaba un olmo
sus nuevas guedejas verdes,
y se las rizaba el aire
al espejo de una fuente.

Por verle, galán del prado,
las flores se desvanecen
que vanidades infunde
aun la hermosura silvestre.

José Marín: Si quieres dar Marica en lo cierto

Si quieres dar
Marica en lo cierto,
quíereme más
y dímelo menos.

Si quieres a mi fortuna
coronarla de una vez
primero lo sientes diez
que me lo confieses una.

Y para no ser alguna
de las comunes del pueblo
quíereme más
y dímelo menos.

Una ley para sentirlo
y para hablarlo otra ley
niña por vida del Rey
que marea el estribillo.

Ya me canso de decirlo
si quieres no cansar tiempo
quíereme más
y dímelo menos.

José Marín: No piense Menguilla ya

No piense Menguilla, ya,
que me muero por sus ojos,
que he sido bobo hasta aquí
y no quiero ser más bobo.

Oh, qué lindo modo
para que la dejen unos por otros.

Para qué es buena una niña
tan mal hallada entre pocos,
que no está bien con el fénix
porque le han dicho que es solo.

El mal gusto de Menguilla
es una casa de locos,
el tema manda al deseo,
vaya la razón al bollo.

José Marín: Ojos, pues me desdeñáis

Ojos, pues me desdeñáis,
no me miréis,
pues no quiero que logréis,
el ver cómo me matáis.

Çese el ceño y el rigor,
ojos, mirad que es locura
arriesgar vuestra hermosura
por hacerme un disfavor,
si no os corrige el temor
de la gala que os quitáis.
No me miréis
pues no quiero que logréis,
el ver cómo me matáis.

Y si el mostraros severos,
es no más que por matarme
podéis la pena excusarme,
pues moriré de no veros;
pero si no he de veros
que de mí os compadezcáis.
No me miréis
pues no quiero que logréis,
el ver como me matáis.

Ojos, pues me desdeñáis.

Juan Hidalgo: Ay, que sí, ay, que no

Ay que sí, ay que no
que lo que me duele me duele
que lo siento yo,
que soy Perogrullo de mi pasión.

Y pesadilla mi pena
que no reconoce, no,
del plomo del sentimiento
ligerezas de la voz.

Pues vaya, amigas del alma,
den anchas a mi dolor
que un corazón apretado
merece lo que un jubón.

Dos amas que Dios me ha dado,
si es que da las amas Dios

que no es por cuenta del cielo
el mal que me busco yo.

Muy finos de sus amantes
con mucha veneración
ausentes sus ojos dicen
cuanto recata su voz.

De los secretos del alma
la blanda respiración
explica cuanto no dice
lo escondido del dolor.

Anónimo: Marizápalos

Marizápalos era muchacha,
enamorado de Pedro Martín,
por sobrina del cura estimada,
la gala del pueblo, la flor del abril.

Marizápalos salió una tarde
al verde sotillo que va hacia Madrid
a coger con sus manos las flores,
teniendo más ella que mayo y abril.

Estampando la breve chinela,
que tiene ventaja de mayor chapín,
por bordarle sus plantas de flores,
el lazo del campo se volvió tabí.

Merendaron los dos a la mesa
que puso Marieta de su faldellín
y Perico, mirando a lo verde,
comió con la salsa de su perejil.

Pretendiendo de su garabato
quitarle la carne con garfio sutil,
Marizápalos le dijo: izape!
quedando en su aliento cariño de miz.

Cuando oyeron allá entre la ramas
las herradurillas de un fuerte rocín,
el Adonis se puso en huida
temiendo los dientes de algún jabalí.

Y era el cura, que al soto venía,
que si un poco antes acierta a venir,
como sabe gramática el cura,
podía cogerlos en un mal latín.

Juan Hidalgo: De las luces en el mar

De las luces que en el mar
iba venciendo el aurora.
Parecían las espumas
cristalinas mariposas.

Ay qué desdicha,
mas ay qué lisonja,

morir de una pena
que parece gloria.

Juan Hidalgo: Esperar, sentir, morir

Esperar, sentir,
morir, adorar,
porque en el pesar
de mi eterno amor
caber puede en su dolor
adorar, morir,
sentir, esperar.

¿Por qué más iras buscas
que mi tormento,
si en su siempre callado
dolor, atento,
yo propio me castigo
lo que me quejo?

Vive tú, muera solo
quien tanto siente
que sus eternos males
la vida crece
y solamente vive
porque padece.

Antoine Boësset: Frescos aires del prado

Frescos aires del prado,
que a Toledo vais,
decid a mi dueño
cómo me dejáis.

Desdenes y enojos
me quitan el sueño,
do llegan pesares
vase el descanso.

Anónimo (siglo XVII): No hay que decirle el primor

No hay que decirle el primor
ni con el valor que sale,
que yo sé que es la zagala
de las que rompen el aire.

Tan bizarra y presumida,
tan valiente es y arrogante,
que ha jurado que ella sola
ha de vencer al dios Marte.

Si sabe que la festejan
las florecillas y aves,
juzgará que son temores
lo que hacéis por agradables.

Muera con la confusión
de su arrogancia, pues trae
por blasón de la victoria

rayos con que ha de abrasarse.

Juan Hidalgo: Trompicábalas amor

Trompicábalas amor
a las niñas de Barajas,
iy cómo las trompicábalas!

Trompicábalas con celos
que son del descuido trampas
pues a pesar de lo frío
aun a los viejos abrasan,
iy cómo las trompicábalas!

Barajábalas con celos
que son del descuido trampas
y tan sazonadas burlas
que suelen picar que rabian.

Juan Arañés: Un sarao de la chacona

Un sarao de la chacona
se hizo el mes de las rosas,
hubo millares de cosas
y la fama lo pregona:
A la vida, vidita bona,
vida, vámonos a chacona.

Porque se casó Almadán,
se hizo un bravo sarao,
danzaron hijas de Anao
con los nietos de Milán.
Un suegro de Don Beltrán
y una cuñada de Orfeo
comenzaron un guineo
y acabolo una macona.
Y la fama lo pregona:
A la vida, vidita bona,
vida, vámonos a chacona.

Salió la zabalagarda
con la mujer del encenque,
y de Zamora el palenque
con la pastora Lisarda.
La mezquina donna Albarda
trepó con pasta a Gonzalo,
y un ciego dio con un palo
tras de la braga lindona.
Y la fama lo pregona:
A la vida, vidita bona,
vida, vámonos a chacona.

Juan de Zelis: Ya no son más de veinte

¡Ya no son más de veinte las que idolatro!
¡Ay, Amor, cuánto pueden tus desengaños!
Una por una quiero las hermosuras,

que no es bien que las deje una por una.

Cada día me pierdo por las que cantan,
que no es bueno mujeres desentonadas.
Si es la hermosa entendida será perfecta,
que lo hermoso y discreto son dos bellezas.

Como a mis ojos quiero todas las lindas
y, como a mis oídos, las entendidas.
Dicen que las hermosas no saben nada,
mas las que yo he tratado saben que rabian.

Ayer quise a Teresa y hoy quiero a Antonia,
(no la quiero por linda, sino por otra).
Blancas, rubias, morenas, flacas y gordas...:
como sean mujeres, ilas quiero a todas!